

El socialismo petrolero. Situación y políticas sociales bajo un fallido modelo de desarrollo

Luis Pedro España

Octubre de 2013

El socialismo petrolero. Situación y políticas sociales bajo un fallido modelo de desarrollo

Luis Pedro España*

Caracas, Octubre de 2013

Los análisis y conclusiones contenidos en el presente documento, son de la exclusiva responsabilidad del autor y en nada comprometen al Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), como organización que coordinó su elaboración y promovió su debate público.

*Licenciado en Sociología de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), con Maestría en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar (USB). Profesor de Pre-grado y Post-grado de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCAB. Desde el año 2.000 dirige el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la mencionada universidad.

Instituto Latinoamericano de
Investigaciones Sociales (ILDIS)
Oficina en Venezuela de la
Fundación Friedrich Ebert

Av. San Juan Bosco, cruce
con 2da Transversal de
Altamira, Edif. San Juan, Piso 4,
Oficina 4-B.
Caracas, Venezuela.
Teléf.: (0212)2632044 / 2634080
www.ildis.org.ve
www.desafiandolascrisis.org

Director del ILDIS y
Representante de la
Fundación Friedrich Ebert en Venezuela:
Benjamin Reichenbach.

Coordinador institucional del documento:
Flavio Carucci T.
Director de Proyectos del ILDIS

Asistente:
Verónica Fortunato Rodríguez
Asistente de Proyectos del ILDIS

Autor: Luis Pedro España

El uso comercial de las publicaciones de la Fundación Friedrich Ebert (FES), por cualquier medio, no está permitido sin el consentimiento por escrito de la mencionada organización.

ÍNDICE

Introducción	1
El intento de una “Revancha Social”: lo social al servicio de lo político	3
¿Cómo pagar la deuda social? (1999-2003)	3
El “socialismo petrolero” (2004-2008)	6
La quiebra del espejo socialista (2009-2012)	10
Los retos de un nuevo modelo	13
Referencias bibliográficas	15

Introducción

Veinte años de crisis económica (1979-1999) tuvo muchas consecuencias para Venezuela. Desde el punto de la desigualdad socioeconómica ésta probablemente no se profundizó mucho más de lo que ya era a principios de los años ochenta, pero desde el punto de vista de lo que fue un empobrecimiento masivo, Venezuela pasó de ser uno de los países con menor pobreza de la Región a estar entre los primeros al promediar, para finales de los años ochenta y mediados de los noventa, cerca de 60% de pobres.

A nuestro juicio, si bien los 20 años de crisis económica empobrecieron a todo el país, y lógicamente ese empobrecimiento es diferente según los estadios iniciales de los grupos sociales, el responsable principal de ese empobrecimiento no fue la desigualdad en la distribución del ingreso, sino la abrupta caída del ingreso. Así pues, la frase común según la cual “los pobres se hicieron más pobres y los ricos más ricos” debería cambiarse por otra como “los pobres se hicieron más pobres y los ricos también”, como para ilustrar el empobrecimiento masivo, aunque con consecuencias enteramente diferentes para los pobres que para los sectores medios o altos.

El tema de la desigualdad en un país con una homogeneidad racial y cultural relativamente mayor a la del resto de los países del continente, es especialmente sensible. Para el venezolano la igualdad es un valor importante. Incluso por razones históricas.

En estos años, precisamente en los que más se acentuaron nuestros problemas de ingresos y aumento de la pobreza, la desigualdad social no se redujo, pero puede que tampoco haya aumentado tanto como para explicar la recesión social que precedió al actual régimen, como un problema distributivo. El aumento de la pobreza en estos años se debió principalmente a la caída del ingreso¹.

Lógicamente Venezuela tiene un problema distributivo importante, pero no puede considerarse como la causa principal del crecimiento de la pobreza. Lo que varió sustancialmente en los años ochenta, insistimos, fue la caída de los ingresos. Venezuela no solo no pudo mantener una tasa de crecimiento similar a la de los años sesenta y setenta, sino que por el contrario, decreció de manera sostenida por dos décadas.

En términos sociales, el decrecimiento económico significó un deterioro importante del mercado laboral nacional, y este a todas luces ha sido la causa fundamental del aumento de la pobreza como rasgo distintivo de estos últimos veinte años. Efectivamente el trabajo es la oportunidad de poder realizar económicamente las habilidades, conocimientos, destrezas e información que dispone una persona para producir bienes y servicios que sean susceptibles de ser demandados por otros. Para que el trabajo sea productivo debe ser especializado, con alto capital humano y social, con acceso a la tecnología y al capital financiero, así como a los mercados.

¹ Ver Matías Riutort. **Crecimiento, distribución y pobreza**. UCAB-ACPES, Caracas, 1999.

Precisamente la búsqueda de esas condiciones que permiten a las personas encontrar la oportunidad del desarrollo material, es por lo que tienen lugar los movimientos migratorios y la decisión de los individuos y sus familias a abandonar su tierra de origen. Es la búsqueda de las oportunidades económicas lo que hace que las personas se trasladen de un lugar a otro o migren a un país diferente al que nacieron. Por ello, la relación geografía humana-empleo es muy estrecha dado que, entre otras cosas, no todos los asentamientos humanos brindan las mismas oportunidades económicas.

De esta forma, las ciudades prósperas y en crecimiento son las que atraen a “los cazadores de oportunidades”, a los emprendedores y migrantes. El predominio de la ciudad como espacio moderno es una realidad concomitante al desarrollo y al progreso.

El empleo productivo que suele concentrarse en las ciudades es el que permite salir de la pobreza. El único antídoto contra la pobreza, así como su único remedio, es un empleo bien remunerado o, lo que es similar, auto emplearse en una actividad que genere riqueza. La relación “calidad del empleo” y pobreza en Venezuela es especialmente importante. Buena parte de la pobreza de ingreso tiene por causa más inmediata la condición del trabajo que realizan las personas activas del hogar. Informales, trabajadores por cuenta propia no especializados y desocupados constituyeron a finales del año 2001 casi 7 de cada 10 trabajadores; de allí que no es de extrañar que la pobreza de ingreso haya podido alcanzar hasta un 70% de la población tras más de veinte años de recesión e inestabilidad económica.

En razón de lo anterior es plausible sostener que las mejores condiciones de vida, así como la menor proporción de pobreza, se encontrarán precisamente en aquellos centros poblados donde el empleo formal está representado por el predominio de la actividad industrial, comercial o de servicios, las cuales se inscriben en el sector formal de la economía. Por el contrario, las zonas donde predominen las actividades agrícolas no tecnificadas o deprimidas económicamente por falta de inversiones productivas, serán las que concentren mayor proporción de pobreza.

Las diferencias entre las oportunidades que brindan zonas y ciudades del país más dinámicas de aquellas que lo son menos, dan cuenta de una persistente desigualdad territorial que refiere a una segmentación social que distancia a los venezolanos entre sí, hasta hacerlos irreconocibles unos de otros. Ya no se trata sólo de diferencias o desigualdades entre estratos altos o bajos, sino también entre zonas y ámbitos geosociales del país.

Al empobrecimiento masivo, las desigualdades sociales y territoriales, hay que añadirle un hecho estructural de la sociedad venezolana (e incluso Latinoamericana) que se relaciona con su proceso de envejecimiento y el impacto del mismo en las demandas y retos de la política social. La poca comprensión de las demandas sociales de una población como la nuestra, en transición demográfica, y la imposibilidad de atenderlas con los recursos disponibles son, entre otros rasgos, los responsables del cambio político que pretendía saldar la deuda social que se acumuló por más de veinte años en el país, la propuesta de **un**

nuevo modelo de desarrollo, el que a la postre sólo parece haber aupado una simple “revancha social” sin demasiados resultados sostenibles.

El intento de una “Revancha Social”: lo social al servicio de lo político

La evolución social durante este último período debe diseccionarse en al menos tres partes. Una primera, algo corta, que transcurre entre 1999 y 2004, en la cual la sociedad venezolana se mantiene objetivamente estancada, con más de la mitad de su población pasando necesidades, sin una estrategia de desarrollo demasiado clara, pero sí con un discurso político reivindicativo que no terminaba de concretarse en nada, salvo en alimentar mucho resentimiento entre los partidarios del gobierno e igual cantidad de temor entre sus adversarios. Todo lo cual a la postre significó una etapa de inestabilidad política muy grave, protagonizada por revueltas militares y huelgas civiles.

Una segunda etapa donde el petróleo vuelve a ser el gran protagonista y que puede denominarse como el intento de instaurar el “socialismo petrolero” (2004-2008).

Por último, una tercera etapa caracterizada por la quiebra del espejismo de los altos precios del petróleo y la muerte física de quien se había convertido en el “vengador de la sociedad venezolana”, hecho este que ocurrió cuando el modelo llevaba al menos cuatro años recurriendo a préstamos, venta de petróleo a futuro y dilapidación de los pocos ahorros que se habían hecho cuando, una vez más, la “borrachera petrolera” dio paso a la resaca. De esta forma se da inicio a esta etapa actual, caracterizada por la urgencia de los problemas sociales no resueltos, los nuevos retos y la poca comprensión, cuando no poca determinación gubernamental para atenderlos.

¿Cómo pagar la deuda social? (1999-2003)

El gobierno de Hugo Chávez Frías obtiene un importante apoyo popular gracias a que se convirtió en el prototipo del líder vengador que al menos, desde la explosión social de 1989, la población venezolana estaba demandando. La popularidad del entonces Teniente Coronel que lideró el intento de golpe de estado en 1992, no era sino el reflejo de una interpretación simple del problema socioeconómico que tenía la sociedad venezolana y de su capitalización por parte del movimiento insurrecto.

La ecuación que el imaginario venezolano construyó para explicarse el período de la “larga crisis” consistía en otorgarle todo el poder causal de los problemas nacionales a la corrupción. El país petrolero, que disponía de ingentes recursos naturales y riquezas de todo tipo, contrastaba de manera disociada con la cotidiana realidad de un pueblo lleno de necesidades insatisfechas y, lo que es peor, donde las insatisfacciones eran cada vez mayores y la esperanza de revertir las tendencias cada vez menores.

La contradicción entre el imaginario del país rico, versus la realidad de la pobreza y de la imposibilidad de ascender socialmente, era lo que convertía a la corrupción de los políticos, las ansias de ganancia de los empresarios, la incapacidad de los burócratas y la doblez de los dirigentes sindicales o gremiales en general, en las causas que permitían entender cómo un país rico tiene a ciudadanos tan pobres.

La corrupción y la mala administración era lo que impedía que la riqueza del país le llegara al pueblo pobre y a la clase media proletarizada.

Es importante destacar que la popularidad que llevó al gobierno a los líderes del golpe de Estado de 1992 no se concentraba únicamente en aquellos venezolanos que formaban parte de los sectores más humildes, por el contrario, la base social de movimiento bolivariano eran las clases medias urbanas que más resentían el empobrecimiento masivo del país.

El presidente Chávez inicia su mandato con una economía relativamente ordenada. En 1996 los ministros del segundo gobierno de Rafael Caldera habían aplicado un programa de ajuste que había permitido cierta reanimación del aparato productivo y un tipo de cambio libre y estabilizado. Aunque en su momento no se habló mucho al respecto, la pobreza había descendido 10 puntos porcentuales entre 1997 y 1999, de forma tal que el período se inicia con un 50% de hogares en pobreza, cuando ésta había sido del 60,9% al inicio del programa de ajuste denominado "Agenda Venezuela".

El discurso reivindicador del nuevo gobierno no encuentra un accionar específico distinto. El presidente Chávez y su gobierno no hablan de socialismo, sino de "tercera vía" o cosas por el estilo. De hecho mantiene en el Ministerio de Finanzas a la ministra del gobierno anterior (Maritza Izaguirre), lo que dio cierta estabilidad a la política económica, un moderado crecimiento y posibilitó la continuidad en la caída de los índices de pobreza hasta promediar 45% para el año 2001.

No es objeto de este documento dilucidar las causas de la reacción conspirativa de los grupos que decidieron oponerse al gobierno; simplemente tomemos el hecho de su ocurrencia y la profunda crisis social que ello supuso, primero por la inestabilidad política del gobierno tras el golpe de Estado de abril del 2002 y, segundo, por la recesión económica que se derivó del paro petrolero y de la huelga patronal del resto de la economía formal en 2003.

Como prueba de la no necesaria correspondencia mecánica entre los eventos políticos y las condiciones materiales de vida de la población, la crisis política de esos años no guarda relación con ninguna situación social adversa, o al menos, no más difícil de lo que había sido en años anteriores.

Si bien la inestabilidad política no estuvo asociada a una situación social recesiva, el intento de hacer renunciar al presidente Chávez sí produjo una fuerte recesión económica que supuso, para el primer trimestre del 2003 un retroceso del 24,5% con relación al cuarto trimestre del año 2002. Una situación nunca antes vista que parecía mostrar los indicadores de una nación en guerra. Desde el punto de vista social la pobreza de ingreso saltó hasta el 61% en un solo año, lo que significaba

que en solo 12 meses se había retrocedido lo que el programa económico de la Agenda Venezuela había mejorado en cinco años.

La oposición al gobierno de Chávez pagó con la derrota en el referendo revocatorio de 2004 y luego con la reelección del presidente en 2006, su intento por derrocarlo a través de la conspiración militar primero y por la recesión económica después. El balance de lo ocurrido en esta primera etapa, a efectos del objetivo del presente documento, puede resumirse de la siguiente manera. A partir de la estabilización del gobierno y su reelección, el segundo sexenio del presidente Chávez optó por la vía de la radicalización. Por un lado porque había identificado al empresariado nacional como su enemigo, del cual nunca más dejaría de enfrentársele con el expediente de las nacionalizaciones y expropiaciones, políticas éstas que formaban parte del “socialismo petrolero” que trató de instaurar a partir de ese momento. Por otra parte el mercado petrolero sufrió un aumento no esperado (normalmente los precios del petróleo, al alza o a la baja, son impredecibles) de los precios del barril, producto de que la oferta mundial de crudo no fue suficiente para acompañar el crecimiento económico de las nuevas potencias económicas del mundo, como China e India, lo que le brindó al gobierno los recursos con los cuales emprender su aventura socialista.

Lo cierto es que en esta primera etapa la “deuda social” que el incendiario discurso político del gobierno de Chávez prometía pagar, se redujo levemente conforme la política económica moderada y heredada del gobierno de Caldera se mantuvo. Fue su intento por cambiar de ritmo, por iniciar una agenda diferente a la economía de mercado, lo que desató los demonios conspirativos iniciándose una crisis política con consecuencias sociales pavorosas.

Lógicamente las tendencias demográficas y socioeconómicas del país se mantenían desafiantes ante la parálisis de un gobierno que no parecía saber qué hacer con sus consecuencias. El envejecimiento de la población seguía demandando cupos en la educación media que no eran satisfechos; insuficiente oferta de puestos de trabajo que eran resultado de un aumento de la demanda, entre otras cosas, por la continua incorporación de las mujeres al trabajo; miles de nuevos hogares que no encontraban viviendas, situación que se agravaba producto de varios desastres naturales como el deslave del litoral central en 1999 y las vaguadas del 2001; mientras que los problemas asociados a la violencia y la delincuencia aumentaba las tasas de homicidios a niveles nunca antes vistos. Ya para el año 2004 las muertes por asesinatos eran de 37 por 100 mil habitantes, mientras que en 1999, al inicio del período, fue de 25. Se pasó de 6.000 asesinatos al año a 10.000 en menos de un quinquenio.

Quizás el principal éxito del gobierno para este período en materia social fue el cumplimiento de pago con las pensiones de los adultos mayores, aunque sin que ello a la fecha, haya significado un sistema universal de pensiones. En Venezuela, el disfrute de una pensión después de los 60 años sigue condicionada al haber cotizado al seguro social, es decir, haber tenido un trabajo formal por 15 años o, en su defecto, cancelar una parte de las cotizaciones hasta completar el mínimo de 750 semanas.

Para un país donde el 50% de su población activa pertenece a la economía informal la cobertura a las personas de la tercera edad luce insuficiente.

Otros éxitos de la política social hasta antes del boom petrolero, fueron en su mayoría asuntos intangibles, pero que sirvieron de base para que al llegar la fuerte expansión del consumo y el bienestar privado que de allí se derivó, la imagen del “gobierno de los pobres” la capitalizara. Como parte de esos aspectos intangibles que pudieran señalarse los siguientes:

- Los sentimientos de accesibilidad al Presidente de la República.
- Las nuevas formas de articulación y formulación de demandas en las zonas populares: Mesas técnicas, censos socio-económicos e inserción social de la militancia partidista del gobierno.
- Sensación anticipatoria de las demandas: lo que a la postre fue el mecanismo predilecto de atención por medio de las “listas de beneficiarios”. Para empleos, becas, cupos y, más recientemente, viviendas.

El “socialismo petrolero” (2004-2008)

Puede que como una reedición de lo que fue el proyecto de la “Gran Venezuela” o, lo que fue lo mismo, el intento por hacer de la economía venezolana una suerte de capitalismo de Estado, con el inicio del segundo mandato del presidente Chávez y tras el alza de los precios del petróleo (lo que permitió que el ingreso petrolero real per cápita alcanzara la cifra histórica de 4.000 dólares por habitante), la tesis del socialismo petrolero comienza a instalarse como proyecto económico del ala radical del gobierno.

La tesis del socialismo petrolero se basa en que la economía doméstica genera muy poco valor agregado. Es la economía petrolera la que crea riqueza en el país. La no-petrolera simplemente opera como una correa de transmisión, una economía de empaquetadores de bienes finales, ensambladores de intermedios y poca transformación de materias primas, que utilizan bienes de capital con poca tecnología local, todo ello importado gracias a las ventas de petróleo. Para el gobierno, semejante economía podía ser racionalizada por medio de procesos planificados desde el Estado, con lo cual, adicionalmente, el gobierno se quita de encima a sus “archienemigos” tales como el empresariado nacional, quienes no serían más que “parásito de la renta petrolera” que produce el Estado y le pertenece a la Nación.

El socialismo petrolero tiene límites pero todos ellos se creen administrables. El temor de la superación del petróleo como fuente de energía es un problema que sigue siendo de largo plazo. La posible caída de los precios se estima improbable; esta ala de pensamiento del gobierno se mantiene en la hipótesis de que el mundo ha alcanzado el tope de producción, con lo cual, y dado que la demanda no va a caer, el precio tendrá una tendencia siempre creciente. En suma, el gobierno creyó encontrar la clave de su propia identidad, hacernos depender del petróleo al extremo, lo que en verdad se convierte en una forma de control político sobre la totalidad de la sociedad venezolana.

Una tendencia más moderada, más cercana a la tradicional mirada que la sociedad venezolana le ha dado al petróleo, apostaba por la sustitución de las élites. Ciertamente el empresariado nacional se había convertido en el enemigo del gobierno, lo cual requería de nuevas élites y, por supuesto, nuevos empresarios amigos del gobierno.

Con sus fluctuaciones, ambas tesis económicas caminaron juntas mientras los precios del petróleo no dejaban de crecer. Mientras por un lado los "amigos del gobierno" obtenían licencias y permisos para importar todo tipo de bienes terminados e incursionaban en el mundo de las finanzas, con lo que obtenían de su participación en el gasto del Estado, el "gobierno empresario" arremetía con una política de nacionalizaciones y expropiaciones que lo llevó a una práctica de recompra de todas las empresas y/o sectores que alguna vez fueron parte del Estado venezolano. Una política de "desprivatización" llevó a que nuevamente el sector público tuviese el control de las empresas básicas, la producción de insumos para la construcción, distribución y producción de alimentos, fábricas de electrodomésticos, vehículos, celulares, cadenas de consumo masivo, hoteles y líneas aéreas, entre otras.

El aumento de los precios del petróleo y una política fiscal expansiva hizo que el perfil de importaciones del país pasara de 17 mil millones de dólares a comienzos del 2000 a más de 50 mil millones en promedio entre 2006 y 2008. La economía creció, pero mucho más lo hizo el consumo de los hogares. En el mencionado período, el consumo privado aumentó 15% cada año, cifra superior a cualquier otra en toda la historia del país. Las calles se llenaron de carros lujosos, la compra de vehículos nuevos se disparó hasta alcanzar más de 250 mil vehículos nuevos al año, cuando en promedio en años anteriores no llegaban a 100.000. Las casas renovaron todos sus equipos, se ampliaron las viviendas, se mejoraron los acabados, se volvieron populares artefactos, vestimentas, estilos, viajes y tipos de consumo que estuvieron reservados para ciertos lugares urbanos o estratos sociales del país. Aires acondicionados, secadoras de ropa, televisores de última generación, computadoras del hogar, todo eso, amén de viajes al exterior, estudios y cursos para los hijos en lugares exclusivos, pareció estar al alcance de todos. Así como para los estratos más altos, la adquisición de inmuebles y la realización de otras inversiones en Panamá o en el sur de la Florida, fueron posible dado al boom petrolero distribuido por la lógica del socialismo petrolero.

Además del boom de consumo, la política social de las Misiones, interpretadas por muchos como las salvadoras del gobierno en sus años más complicados, trataron de ser presentadas como las responsables de unas mejoras sociales sin límites y, por lo demás, inéditas. Una fuerte propaganda oficial, por parte de un gobierno que entendió y abusó del uso de los medios de comunicación social y su control, presenta como hechos históricos que los niños fueran a la escuela, que los hospitales públicos atendieran a la población, que los adultos mayores cobraran las pensiones o que en las ciudades hubiese transporte público, se construyeran puentes o se hiciesen carreteras.

Para la indignación de los adversarios del gobierno, así como para no pocos especialistas en temas sociales que los voceros oficiales se encargaban de señalar como enemigos, el exagerado éxito que se imputaba al gobierno en materia social no se correspondía con los grandes problemas sociales estructurales del país. Unas mejoras en las condiciones de vida basadas en un boom de consumo, no sólo serían pasajeras, sino que además la política social de las misiones no atacaba los orígenes multidimensionales de problemas como el abandono escolar, la precariedad del empleo, el déficit de inversión en infraestructura o los problemas de inseguridad personal y de riesgo frente a eventos naturales.

Es por ello que uno de los fraudes más espectaculares de estos años fue, sin duda, la política social de las misiones. Bajo el listado de lo que ya eran déficits crónicos de atención social, teniendo en cuenta el conjunto de demandas sociales del país, se armó el cuadro de las necesidades de los sectores populares, al cual se le fueron asociando acciones gubernamentales específicas, fáciles de comunicar y sin mayores trabas burocráticas.

La receta era simple. A cada problema una acción, un establecimiento y un funcionario. El resultado no importaba, lo crucial era la fachada de atención. Formar parte de la solución propuesta era de lo más sencillo. Solo había que anotarse en una lista, hacer una cola o trasladarse hasta el toldo convenientemente instalado por la militancia de los partidarios asalariados del gobierno para, casi por arte de magia, la promesa de reingresar a la escuela, mejorar nutricionalmente, obtener atención médica, acceder a un empleo o hacerse acreedor de una vivienda era cumplida en vallas, actos y alocuciones oficiales encargadas de presentar como hechos consumados, lo que sólo eran listas, planes, inauguraciones puntuales o simples maquetas.

El impacto social cuantificado, la articulación con otras políticas, la transparencia en el manejo de los fondos, la selección de beneficiarios según criterios de necesidad social y progresividad distributiva, nada de eso importaba, solo la presencia, la personalización gubernamental y la sensación de atención.

Formar parte del censo de cualquiera de las Misiones era ya una sensación de atención, que la lógica de operativos financiados directamente por la empresa petrolera o por los diversos fondos de desarrollo donde se “estacionaban los ingresos petroleros²”, y sin tener que pasar por presupuestos, partidas, órdenes de

² Tal y como había ocurrido durante el primer shock positivo de ingresos petroleros entre 1974 y 1981 una de las primeras medidas que adoptan las finanzas públicas ante el caudal de ingresos extraordinarios, consiste en crear Fondos de Inversiones para colocar allí recursos que posteriormente se convertirán en créditos adicionales o, como ocurrió en esta administración con sus prácticas de administración para-presupuestaria de los recursos públicos, simples desembolsos decretados por el Ejecutivo para distintos fines. En los años setenta fue el Fondo de Inversiones de Venezuela, en los años recientes fue el Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES) así como otros de menor tamaño para fines específicos como el Fondo de Desarrollo Agropecuario y Pesquero, el Fondo de Investigación y Desarrollo, o las distintas cuentas o fideicomisos creados en distintos bancos del Estado.

Posteriormente y cuando el flujo de ingresos petroleros fue complementado con endeudamiento externo con “países amigos”, se crearon fondos especiales para administrar esos préstamos. El más famoso de todos por su monto fue y es el llamado Fondo Chino.

pago y demás trabas, seguía alimentando una lógica de atención social popular y eficaz.

Así por ejemplo, después de tres o cuatro jornadas de inscripciones, tras meses de anunciada la novísima política social, finalmente llegaban los facilitadores, los televisores, videos y refrigerios. Paso seguido, la nada. Así terminaron, por ejemplo, las Misiones educativas. ¿Cuántos ingresaron al mercado laboral?, ¿cuántos pasaron, como decían las vallas, “de amas de casa a administradoras de empresas”? Nada de eso pareció importar.

Pero la fuerte campaña gubernamental hacía ver que eran las Misiones y no el aumento de los precios del petróleo y su llegada a la población por medio de las vías del mercado de siempre (es decir, un gasto público que impulsa la demanda, el subsidio al tipo de cambio y la baja de impuestos), los responsables de que las cifras de pobreza según los niveles de ingreso de las familias cayera de aquel fatídico 61% de 2003 a 33% en 2008.

El crecimiento del consumo en todos los sectores sociales, del cual no escapaba la inmensa masa de personas que las investigaciones de mercado llaman “low income” (bajos recursos), fue atribuido, y sin un número que constatará semejante afirmación, a las transferencias del gobierno. Por su parte, los sectores medios del país, ese que estigmatiza por desconocer a los sectores populares, rápidamente compró la hipótesis de “una población holgazana” que vive del gobierno (las Misiones) es amplia y numerosa, la cual a cambio de sus votos, le permiten al gobierno gana elecciones y consultas populares. Los detractores del gobierno, con su mirada sesgada y segregada hacia los sectores populares, lo que hizo fue aumentar el prestigio de las Misiones a partir de sus propios prejuicios.

Obviamente para que la campaña publicitaria y sus mensajes falaces tuviesen credibilidad, ciertamente existió una acción social que, para algunos programas, efectivamente llegaron a ser masivas. Las Misiones de tipo masivas, Barrio Adentro y Mercal, lograron activarse con alguna rapidez. La primera porque no fue más que una extensión del modelo de los ambulatorios integrales, los cuales y junto a un conveniente cambio de nombre, más el empuje de los ingresos petroleros, hizo de ésta, una acción de amplia cobertura reconocida por la población.

De igual forma, el viejo Programa de Alimentación (PROAL) que se implementó en la época del segundo gobierno de Rafael Caldera (1994-1998), fue transformado y ampliado como obra inédita del gobierno (MERCAL). Programas existentes que, por lo demás, el pudor democrático, las trabas procedimentales y, porque no, el bajo compromiso social de esos gobiernos, no llegaron a masificar y menos a difundir propagandísticamente como lo hizo el Estado bajo el gobierno de Hugo Chávez. Fue parte de la política social de los gobiernos anteriores. el punto de partida de la política social de las Misiones.

Una forma de ejemplificar lo ocurrido socialmente en Venezuela en estos años, es el hecho de que los venezolanos mejoraron “de la puerta de la casa para adentro”. Es decir, mejoró aquello que podía comprar los bolsillos mejorados y llenos de los hogares gracias al boom petrolero. Pero “de la puerta de la casa para afuera”, puede que todo allá empeorado. Violencia, déficit de servicios públicos, problemas de cobertura y calidad de los servicios sociales, infraestructura deteriorada e insuficiente, ha sido el saldo de uno de los más emblemáticos períodos de bonanza y, no hay otra forma de decirlo, despilfarro de los recursos del Estado.

La quiebra del espejo socialista (2009-2012)

Pero lo que tenía que ocurrir ocurrió. El problema no era qué iba a pasar sino cuando. El gobierno de Herrera Campins (1979-1983) fue uno de los que terminó con más bajos índices de popularidad porque tuvo que devaluar antes de las elecciones presidenciales. Necesitaba a un “mago” de las finanzas, que por cierto sí tuvo su sucesor Jaime Lusinchi (1984-1989), como lo fue el ministro de Hacienda Héctor Hurtado, quien por medio de instrumentos de endeudamiento de corto plazo (cartas de crédito) y la liquidación de las reservas internacionales, le permitió a éste terminar su período presidencial como uno de los más populares, a pesar de la irresponsabilidad cometida con la economía nacional.

Lo anterior es historia patria. Como lo fue la inestabilidad política tras las batallas y revueltas del siglo XIX, o la historia de los recurrentes ciclos populistas del último tercio del siglo XX. De ese tenor es ya hoy, lo que fue el uso del boom de ingresos petroleros por parte del proyecto político de la revolución “chavista” y su “socialismo petrolero”.

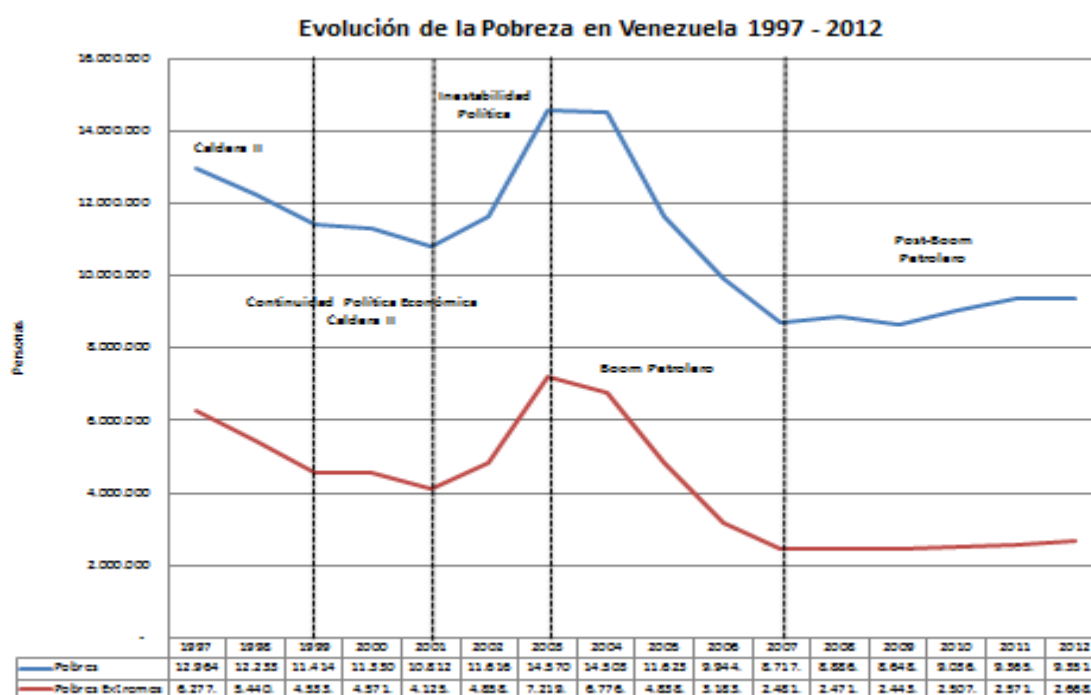
El manejo político de la economía, con fines de permanecer en el poder, o darle continuidad a los propios, termina en verdaderos cataclismos sociales. América Latina estuvo preñada de estas prácticas macroeconómicas. Desde Allende, hasta las dictaduras militares de finales y principios de los ochenta, esa política expansiva del gasto sin reparar en su financiamiento, provocaba espejismos de crecimiento y bienestar que en poco tiempo (el que mediara entre el alza y la baja de los precios del cobre, el petróleo o cualquier otra materia prima de exportación) se desvanecían en forma de devaluaciones, ajustes fiscales, inflación, recesión y pobreza.

El chileno Sebastián Edwards y el alemán Rüdiger Dornbusch recopilaron en un ensayo denominado “La Macroeconomía del Populismo en América Latina” el ciclo repetitivo de este tipo de políticas. A todos nuestros estudiantes de economía y de ciencias sociales se les hizo leer ese ensayo para entender que lo que se llamó “la década perdida”, no volviese a ocurrir entre nosotros. Vano esfuerzo.

Contrariamente a Venezuela el resto del continente aprendió la lección. Hasta los países influenciados por la política exterior bolivariana (Ecuador y Bolivia) muestran desempeños económicos mejores al nuestro. Mantienen su déficit fiscal a raya y su

inflación no supera los dos dígitos, presentan modestas tasas de crecimiento y aunque no pueden mostrarse como de los países más exitosos de la región, tampoco son los peores.

Luego, como se ha visto, del fuerte aumento de los precios del petróleo hasta 2008, entre 2009 y 2010 la economía nacional entró en recesión. Ciertos ajustes velados con fines electorales y la utilización de los fondos y capacidad de endeudamiento, permitieron que la caída en los precios del petróleo no se tradujera plenamente en un agravamiento de los problemas sociales del país, justo cuando comenzó a caer el precio del barril de 140 dólares a menos de 70, para posteriormente estabilizarse entorno a los 100. El saldo social, medido en la proporción de hogares en pobreza, fue que la tendencia a la mejora, que la reducción de la pobreza de ingreso luego de 2008, se volvió una fría cifra, que se resiste a la baja o que incluso comienza levemente a crecer nuevamente cuando se toman los datos absolutos.



Fuente: INE. Encuesta de Hogares por Muestreo. Contabilizaciones de Pobreza del INE. Cifras Oficiales

A la fecha, según cifras oficiales, cerca de 10 millones de venezolanos confrontan problemas para satisfacer sus necesidades básicas y de ellos, tres millones no pueden atender sus necesidades de alimentación plenamente.

Esta situación no pudo ser compensada por las Misiones o la política social del gobierno. Hoy que se precipita el consumo, las Misiones se quedaron sin careta. No hay forma de probar que la reducción de la pobreza se debió en el pasado a la acción social del gobierno. La reducción fue el resultado de la distribución de la renta por medio del mercado, lo que deja al descubierto que el país carece de una

política que actúe sobre las condiciones estructurales de la pobreza. Es por ello que cuando la renta dejó de crecer la pobreza dejó de bajar, para incluso comenzar a crecer otra vez.

¿Cuáles son las demandas sociales pendientes? En este período no sólo no se pagó sostenidamente la deuda social, sino que se dejaron de atender los viejos y crónicos problemas sociales, amén de que no se han dado respuestas a los problemas sociales que provienen de los cambios demográficos señalados a lo largo de este documento.

A las materias pendientes en educación, como que sólo 4 de cada 10 que ingresan a la escuela media la terminan, que no se logra superar el 60% de inscritos en educación preescolar, o que se sigue con una oferta en educación superior y profesional estática, tradicional e insuficiente³; se le añaden los problemas de salud, infraestructura, servicios públicos y seguridad social.

En salud, se siguen presentando problemas severos con la prestación de servicios de ambulatorios y hospitales. La población abarrotó los servicios privados y reclama de sus patronos pólizas de salud que le permita liberarse de las calamidades de los servicios públicos. En materia de estadísticas de salud, el país luce estancado en indicadores como la mortalidad infantil y los índices de nutrición, mientras que empeora en los índices de la mortalidad materna o los niveles de embarazo adolescente.

En cuanto a los indicadores de infraestructura y servicios públicos, las recurrentes protestas por problemas de agua, recolección de basura o mejoramiento de las vías, junto a los racionamientos de electricidad, las manifestaciones de los censados para obtener viviendas y las cada vez más frecuentes denuncias por el incumplimiento de obras en los barrios y comunidades populares, dan cuenta de un acumulado de déficit urbano que se incrementa.

La inseguridad y la delincuencia es por mucho el principal problema del país. Si bien las causas sociales no son las principales (dado que la impunidad del sistema judicial, además de la ineficiencia del sistema penitenciario y de la policía en general son las que más directamente impactan el problema), los problemas sociales que se derivan de la no incorporación de los jóvenes a la vida productiva, por la vía del estudio y del trabajo bien remunerado, también forman parte de los déficits sociales del presente.

Obviamente el problema de la generación de empleo de calidad, productivo y bien remunerado sigue siendo otro de los problemas que arrastra el país luego de esta administración. Algunos estudios demuestran que hasta dos tercios del empleo en Venezuela tiene algún tipo de precariedad, bien sea porque carece de seguridad

³ Al respecto puede revisarse: Anitza Freites. **La Masificación de la Escuela Media en Venezuela**. UCAB-ACPES. Caracas. (en prensa).

social, está subutilizando el capital humano o sencillamente éste último se encuentra sub-remunerado⁴.

Pero a todos estos problemas se añaden los que se derivan de la transición demográfica. Los cambios en los patrones de morbilidad en el país, los problemas de la tercera edad (pensiones, centros de cuidado, terapias laborales, entre otros), la ausencia de una política de incorporación social de los jóvenes, así como la atención de los problemas urbanos producto de una población que seguirá creciendo al menos hasta llegar a los 50 millones de venezolanos dentro de poco menos de 30 años, representan las materias pendientes en lo que corresponde a las grandes tendencias y cambios de la sociedad venezolana.

Los retos de un nuevo modelo

La sociedad venezolana tiene importantes oportunidades y retos para el futuro. Su principal ventaja tiene que ver con la presencia de consensos amplios y mayoritarios basados en la idea de progreso y en un tipo de democracia que, aunque pueda parecer algo simple, se sustenta en la creencia del voto como forma para resolver los conflictos y que al menos hasta hoy ha librado al país de experimentos autoritarios mucho más recios a los que ha tenido o haya padecido el continente en el pasado.

Pero sus retos, los consensuales claro están, no parecen situarse solamente del lado político. Si bien es cierto que llevará algún tiempo antes de que se forme un nuevo consenso social sobre un modelo de desarrollo que, nuevamente, trascienda al petróleo y su renta, pero sin desaprovechar la oportunidad que éste representa, en materia social los problemas parecen estar más bien asociados a la superación de las inequidades territoriales y en una mejor prestación de servicios sociales que sirvan de base para el reencuentro con la senda del desarrollo económico sustentado sobre las capacidades productivas de los venezolanos y no sólo sobre el ingreso petrolero y sus vaivenes.

El precio que ha pagado la sociedad venezolana, en lo que ha sido su largo período de recesión económica, y su falso intento de revancha social por medio de la reedición de las estrategias del pasado, ha sido alto. No sólo se pagó con pobreza y deterioro generalizado de la calidad de vida, sino también en forma de desinstitucionalización y conflictividad política.

¿Qué posibilidad hay de que Venezuela se encuentre con el desarrollo y la convivencia democrática? Aun cuando puedan encontrarse muchas razones para creer que esa posibilidad existe, las bases de la inviabilidad del país seguirán presentes hasta que no se encuentre cómo formalizar una convocatoria amplia y creíble para que el esfuerzo nacional se encause en dirección a su meta estratégica, es decir, la diversificación de sus exportaciones y la superación de la dependencia petrolera.

⁴ Genny Zuñiga. **La Precariedad del Empleo en Venezuela**. UCAB-ACPES. Caracas. 2010.

Semejante meta podría sobre simplificarse si se asume que se trata de un problema estrictamente económico o de inversiones, sea atrayéndolas o invirtiendo el incierto ingreso petrolero. Una postura como esta no escaparía de la idea economicista y hasta arrendataria que subyace históricamente en el pensamiento rentista del país.

La única forma de diversificar las exportaciones es si los venezolanos se hacen más productivos y capaces de lo que la pobreza y las inequidades les permiten ser hoy. Es por ello, que además de la necesidad económica de atraer inversiones para el desarrollo, bajo las condiciones económicas básicas que obviamente aún no tiene el país, hace falta primero reconstruir el andamiaje institucional para que los venezolanos en general (no sólo los inversionistas) tengan reglas sobre las cuales encausar su esfuerzo, junto a la ayuda de un Estado que progresivamente cierre las brechas de acceso a los servicios sociales, los cuales son en definitiva los que dotan de capacidades a quienes hoy no las tienen.

Los países de economías normales (no rentistas) tienen que hacer el trabajo social y económico a la vez. El dilema según el cual no se crece económicamente porque se es pobre y desigual, y por otro lado, no se resuelven las inequidades porque no se crece económicamente y, en consecuencia, no se tienen recursos para atender las demandas sociales, debería ser un poco menor para un país petrolero cuya inserción rentística le permite contar con una parte de los ingresos que no dependen de su capacidad productiva.

Invertir el petróleo en la gente, que el Estado no ambicione un papel distinto al de ser el principal proveedor de infraestructura para un país con severas carencias de vivienda y sus servicios conexos. Destinar los recursos públicos en servicios educativos para enfrentar los retos de masificación de la educación media y profesional, así como, detenernos en los problemas de salud para atender la compleja situación que provienen de los cambios demográficos, deberían ser las preocupaciones centrales de las políticas públicas y pivote central de los modelos de desarrollo que se formulen en el futuro.

Dejar entonces que sean los venezolanos quienes generen la riqueza que requieren para prosperar y mejorar su calidad de vida, parece ser una fórmula relativamente obvia para alcanzar el desarrollo social, pero para ello es fundamental superar el lastre que política e ideológicamente nos dejó el imaginario del socialismo petrolero y la idea de que se podía vivir de su excedente y con ello pagar la deuda social.

Armar un nuevo consenso social que viabilice un modelo de desarrollo elemental donde la capitalización de los servicios sociales se convierta en oportunidad para generar más riqueza y alternativa a la proveniente del petróleo, debería ser el punto de partida desde donde hilvanar los detalles de la política social y económica que se necesita para enfrentar los retos del futuro. Lamentablemente, por ahora, esto que parece tan simple, no ha sido posible de lograr

Referencias bibliográficas

- Baptista, Asdrúbal. *Más allá del optimismo o del pesimismo: Las transformaciones fundamentales del país*. Pp.20-41. En: **El Caso Venezuela. Una Ilusión de Armonía**. IESA. Caracas. 1986.
- CEPAL, **Panorama Social**, (varios años).
- Corrales, María Elena. *Infraestructura pública y servicios asociados*. Pp. 279-303. En: **Venezuela: Un acuerdo para alcanzar el desarrollo**. UCAB. Caracas. 2006.
- España, Luis Pedro. **Democracia y Renta Petrolera**. UCAB. Caracas. 1989.
- España, Luis Pedro. **Detrás de la pobreza. Diez años después**. ACPES-UCAB. Caracas, 2009
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). **Población, desigualdad y políticas públicas: Un diálogo político estratégico**. UNFPA. Caracas. 2006
- Freitez, Anitza. **La Masificación de la Escuela Media en Venezuela**. UCAB-ACPES, Caracas, (en prensa).
- Mommer, Bernard. **La Cuestión Petrolera**. Fondo Editorial Trópycos. Caracas. 1988.
- Orlando, María Beatriz. *El sector informal en Venezuela ¿Plataforma o barrera para la reducción de la pobreza?* pp.61-90 En **Superar la Pobreza: El camino por recorrer**. ACPES-UCAB. Caracas. 2001.
- Riutor, Matías. **Crecimiento, Desigualdad y Pobreza**. ACPES-UCAB. Caracas. 1989.
- Ugalde, Luis y otros. **Detrás de la Pobreza. Percepciones. Creencias. Apreciaciones**. ACPES-UCAB. Caracas. 2005.
- Uslar Pietri, Arturo. **De una a otra Venezuela**. Monte Ávila Editores. Caracas, 1947.
- Zuñiga, Genny. **La Precariedad del Empleo en Venezuela**. ACPES-UCAB. Caracas. 2011.